

SIMON R. GREEN

La muerte ronda en Haven

LAS AVENTURAS DE HAWK Y FISHER



Hawk y Fisher están marcados por mil batallas libradas en la interminable guerra urbana... Hawk manda en las calles a golpe de hacha. Fisher castiga a los reincidentes con su mortífera espada que maneja con destreza sin igual. Ambos imponen la ley de forma implacable en la ruda ciudad de Haven, un lugar sombrío y peligroso donde proliferan los magos, los demonios y los ladrones. Una ciudad en la que el dinero lo puede comprar todo.

Todo excepto la justicia. Para eso se necesita un toque de magia.

Hay cosas que jamás pueden olvidarse

1

Una oscuridad oculta

Haven es una ciudad oscura.

Sus calles estrechas se amontonan sin orden ni concierto, los feos edificios de piedra y de madera se arrebuja unos contra otros en busca de apoyo. Las plantas superiores, sobrevoladas, se inclinan unas sobre otras como ancianos cansados, tapando la luz; pero ese día ni siquiera la penumbra conseguía aliviar el calor de pleno verano. El sol deslumbrante abrasaba la ciudad exánime, borrando del aire todo rastro de humedad. Las calles estaban reseca y polvorientas y llenas de moscas que zumbaban desesperantemente. Al ser un puerto de mar, en Haven siempre llovía en abundancia, pero luego la lluvia fue escaseando, aunque nunca llovió en pleno verano. Los días interminables pasaban lentamente, y el calor achicharrante los convertía en un infierno de sudor, sed y fatiga sin fin. Durante el día hacía demasiado calor para trabajar, y durante la noche demasiado calor para dormir. Los ánimos estaban caldeados e irritables, pero hacía demasiado calor para pelear. Los pájaros parecían suspendidos en el cielo como sombras a la deriva, pero no se vislumbraban ni una nube ni una brisa. En lo más duro del verano, Haven era un buen caldo de cultivo para los conflictos. El calor hacía hervir la mente de los hombres y hacía aflorar las perversiones ocultas. Todos

miraban al cielo pidiendo que lloviera, pero el largo y seco verano seguía su curso implacable.

Hawk y Fisher, Capitanes de la Guardia de la ciudad, avanzaban sin prisas por Chandler Lane, en el corazón del sórdido barrio del Northside. Hacía demasiado calor para apresurarse. El callejón sucio, sombrío en exceso, estaba un poco más fresco que el resto, con lo cual el calor era sólo levemente insoportable. Las moscas volaban sobre los montones de basura y formaban enjambres en torno a las alcantarillas abiertas. Los edificios achaparrados y feos se veían negros con la mugre de la cercana curtiduría, y el aire bochornoso olía intensamente a humo y a tanino.

Hawk era alto y moreno y ya había dejado de ser guapo. Lucía un parche de seda negra sobre el ojo derecho y ese mismo lado de su cara presentaba una serie de antiguas cicatrices cuya palidez resaltaba sobre la piel bronceada. Vestía simplemente camisa y pantalones de algodón, y el calor le había hecho prescindir del capote negro del Cuerpo que exigía el reglamento. De todos modos, no necesitaba llevarlo para que la gente supiera que era de la Guardia. Todos en Haven habían oído hablar del Capitán H.

Su aspecto no imponía, ya que más que musculoso era delgado y enjuto y mostraba una incipiente curva a la altura del estómago. Llevaba el pelo oscuro por los hombros, apartado de la frente y sujeto con un pasador de plata. Acababa de cumplir los treinta, pero ya tenía unas cuantas hebras grises en el pelo. A simple vista parecía un penden-ciero más de los que ya han dejado atrás lo mejor de la vida. Sin embargo, pocas personas se quedaban en la primera mirada porque había algo en Hawk, en su cara surcada por las cicatrices y en su único ojo de mirada fría, que inmovilizaba incluso a los delincuentes más peligrosos y más borrachos. Sobre la cadera derecha Hawk no llevaba una espada sino un hacha que manejaba con gran pericia.

La Capitán Fisher caminaba junto a Hawk, acompasando a él su paso y su ritmo con la naturalidad de quienes llevan

mucho tiempo andando juntos. Isobel Fisher era alta, medía alrededor de un metro ochenta, y llevaba el pelo rubio y largo peinado en una trenza que le llegaba hasta la cintura. Tendría entre veinticinco y treinta años y más que hermosa era atractiva; la aspereza de su cara angulosa contrastaba marcadamente con los profundos ojos azules y la boca carnosa. Al igual que Hawk, llevaba camisa y pantalones de algodón e iba sin capote. La camisa entreabierta dejaba ver generosamente el pecho y las mangas remangadas mostraban unos brazos musculosos surcados por antiguas cicatrices. Llevaba la espada sobre la cadera y apoyaba con naturalidad la mano del mismo lado en la empuñadura.

Hawk y Fisher eran compañeros, y también marido y mujer y guardianes de la ley de la ciudad. Eran conocidos, respetados y sobre todo temidos en todo Haven, incluso en los barrios bajos del Northside, donde hasta las ratas iban en pareja por motivos de seguridad. Hawk y Fisher eran los mejores, y todo el mundo lo sabía. Eran honrados e incansables en su trabajo, una rara combinación en Haven, pero lo más importante es que eran peligrosos.

Hawk echó una mirada en derredor y frunció levemente el ceño. La calle Chandler estaba desierta, no se veía un alma y eso... no era normal. Faltaba poco para que se hiciera de noche, pero aun así debería haber gente vendiendo y comprando y haciendo negocios. En esta zona de la ciudad se vendía de todo, bastaba saber dónde buscarlo. Sin embargo, en todo el contorno que abarcaba la vista las puertas y las celosías estaban cerradas a pesar del asfixiante calor, y las sombras permanecían quietas sin que nada las perturbara. Era como estar viendo una calle en estado de sitio. Hawk sonrió amargamente: si la información que le habían dado era correcta, eso era exactamente lo que estaba sucediendo.

—Esta noche vamos a tener luna llena —dijo Fisher tranquilamente.

Hawk asintió con la cabeza.

—Eso hará que salgan los locos, aunque me resulta difícil creer que con este calor alguien tenga energía suficiente para planear un crimen.

—Te das cuenta de que lo más probable es que esto sea una pista falsa, ¿no?

—Otra vez no, Isobel, por favor. Nos dijeron que está escondido aquí, al final de la calle. Tenemos que comprobarlo.

—Tres meses —repuso Fisher molesta—. Tres meses estuvimos trabajando en esta trama de prostitución infantil. Y cuando empezábamos a conseguir algo, ¿qué pasa? ¡Llega la orden de arriba y nos apartan del caso para ir en busca de un vampiro!

—Ya —dijo Hawk—. Y todo porque hicimos una redada en el Nag's Head. Claro que volvería a hacerla si fuera necesario.

Fisher asintió con expresión reconcentrada.

Nag's Head era un tugurio de Salt Lane, a las puertas de los suburbios del Eastside. En el piso de arriba había un prostíbulo y se decía que tenían interés en comprar niños. Dinero contante y sonante, sin preguntas. La prostitución infantil era ilegal en Haven desde hacía casi siete años, pero todavía había quienes estaban interesados en mantener el mercado activo. Como muchos otros lugares, el Nag's Head se sostenía untando las manos adecuadas, pero un hombre había cometido el error de tratar de comprar a Hawk y Fisher, lo cual los llevó a hacerles una visita.

El matón apostado a la puerta trató de impedirles el paso. O era nuevo en la ciudad o no tenía muchas luces. Hawk le clavó un dedo debajo del esternón y la cara del matón empezó a palidecer mientras se inclinaba hacia delante como si le estuviera haciendo una reverencia. Fisher esperó a que se inclinara lo suficiente y le dio un golpe en la nuca que lo hizo caer sin emitir ni un gemido. Hawk y Fisher pasaron con cuidado por encima de él e irrumpieron en Nag's Head empuñando el frío acero.

El personal y los patronos les echaron una mirada y un repentino silencio se adueñó del atestado local. En el aire cargado, el humo subía en volutas, y los ojos vigilantes brillaban por el miedo y la furia contenida. Hawk y Fisher se encaminaron a la escalera situada al fondo del mal iluminado local; a su paso, la gente se apresuraba a abrirles camino. Tres matones se agolparon al pie de la escalera blandiendo sus espadas. Eran hombres fornidos, musculosos, de mirada fría y calculadora que sabían usar la espada. Hawk partió a dos de ellos con el hacha mientras Fisher con su espada atravesaba limpiamente el corazón del tercero. Pasaron rápidamente por encima de los cadáveres y alcanzaron la escalera. En el piso superior no se oía el menor ruido. Hawk y Fisher se lanzaron pasillo adelante abriendo a patadas las puertas a su paso, pero la mayoría de los ocupantes hacía tiempo que se había marchado, desapareciendo por la escalera de incendios a la primera señal de alarma.

Una de las prostitutas no había conseguido escapar. Hawk la encontró en la penúltima habitación. Vestida con una bata de seda desgarrada que le quedaba grande y con la cara pintada de colores chillones, estaba encadenada a la pared por el cuello, y por su espalda corría la sangre de heridas recientes producidas por un látigo. Estaba acurrucada contra la pared, con la cara pegada a la áspera madera, llorando callada y desesperadamente. Tenía apenas doce años.

Fisher se unió a Hawk en la puerta y lanzó un juramento al contemplar la escena. La cadena era demasiado gruesa para romperla, de modo que Hawk arrancó el anclaje de la pared haciendo palanca con el hacha. Fisher trataba de consolar a la niña, que estaba demasiado asustada para hablar. Había sido secuestrada en la calle dos años antes y la habían traído a esta habitación donde sus secuestradores la habían sujetado a la pared después de colocarle la cadena alrededor del cuello. Desde entonces no había salido nun-

ca de aquel cuarto. Hawk y Fisher le dijeron que ahora era libre, pero no había forma de convencerla.

—Hay un hombre que viene a visitarme —dijo en voz baja—, ha estado aquí hoy. Nunca me dejará marchar. No pueden protegerme de él. Nadie puede. Es alguien importante.

No sabía su nombre porque nunca se lo habían dicho.

Hawk y Fisher nunca averiguaron quién era. Sin duda debía de tener influencias. Sólo dos días después, la niña fue apuñalada en la calle. Nunca encontraron a su atacante. Hawk y Fisher fueron apartados del caso y enviados con los demás Guardias a buscar al supuesto vampiro que estaba sembrando el terror en el Northside. Tuvieron un tumultuoso enfrentamiento verbal con sus superiores e incluso amenazaron con dejar el Cuerpo, pero no consiguieron nada. La orden venía de arriba, de muy arriba, y no cabían discusiones. Hawk y Fisher se encogieron de hombros, blasfemaron y finalmente abandonaron. Ya habría otras oportunidades.

Además, parecía que realmente había un vampiro. Hombres, mujeres y niños habían sido atacados por la noche, y a veces se encontraban cadáveres a los que no les quedaba ni una gota de sangre. Había quienes decían haberlo visto y también había sospechosos, pero ninguna de las pistas los conducía a ninguna parte, hasta que un faroleiro se presentó ante Hawk y con voz aterrorizada les habló a ambos de la siniestra figura que había visto trepando por el exterior de la casa de Chandler Lane...

—Con todos los guardias que hay en Haven y ese hombre tenía que elegirnos precisamente a nosotros para contarnos su historia —refunfuñó Fisher—. ¿Por qué a nosotros?

—Porque somos los mejores —respondió Hawk—. Es evidente que no tenemos miedo de enfrentarnos a nada, ni siquiera a un vampiro.

Fisher hizo un gesto de desprecio.

—Deberíamos habernos conformado con el segundo puesto.

—Eso no va conmigo —replicó Hawk con naturalidad—, ni contigo.

Ambos rieron por lo bajo. El murmullo apagado pero alegre parecía fuera de lugar en medio del silencio. Por primera vez, Hawk se dio cuenta de lo silenciosa que estaba la calle vacía. Era como caminar por el casco vacío de algún pueblo abandonado por sus habitantes, al que aún no había invadido la vegetación. Solamente se oían sus pasos y los de Fisher, cuyo eco les devolvían las gruesas paredes de piedra a ambos lados de la calle. A pesar del calor, Hawk sintió que un escalofrío le recorría la espalda y que el sudor de su frente se había enfriado de golpe. Sacudió la cabeza molesto, pensando que no era momento para dejar que los nervios le jugaran una mala pasada.

Hawk y Fisher se detuvieron por fin ante un decrepito edificio de dos plantas que se encontraba casi al final de la calle. La puerta de entrada tenía la pintura desconchada y la piedra estaba carcomida y se caía a trozos. Los postigos de madera de las dos estrechas ventanas estaban cerrados. Hawk echó una mirada al lugar y su expresión se volvió reconcentrada. Había algo inquietante en esa casa, algo a lo que no conseguía dar nombre. Parecía un sonido tan leve que resultaba casi inaudible, o un aroma tan sutil que a duras penas se podía oler... Hawk frunció el ceño y su mano se dirigió instintivamente al mango del hacha.

Vampiro... revenant... el que vuelve...

Nunca había visto a uno de los no muertos y tampoco conocía a nadie que los hubiese visto. No estaba muy seguro de creer en esas cosas, pero tampoco podía decir que dejara de creer en ellas. En su vida había conocido demonios y espíritus malignos, hombres lobo y ondinas, y a todos ellos se había enfrentado empuñando el frío acero. El mundo tenía sus lugares oscuros, mucho más antiguos que todo lo construido por el hombre, y no cabía duda que últi-

mamente había desaparecido gente del Northside... entre ellos una persona en particular.

—¿Y bien? —dijo Fisher.

Hawk la miró irritado.

—¿Y bien qué?

—¿Y bien? ¿Vamos a quedarnos aquí toda la tarde o vamos a hacer algo? Por si no te has dado cuenta, el sol está condenadamente bajo en el horizonte. Una hora más y será de noche. Y si realmente hay un vampiro ahí dentro...

—Es cierto. Los no muertos se levantan de sus ataúdes cuando el sol está bajo.

Hawk sintió otro estremecimiento y luego sonrió ligeramente al notar la piel de gallina en los brazos desnudos de Fisher. A ninguno de los dos les importaban mucho ni la oscuridad ni las criaturas que se mueven en ella. Respiró hondo, se acercó a la puerta de entrada y golpeó enérgicamente con el puño.

—¡Abran en nombre de la Guardia!

No hubo respuesta. El silencio cubría la calle vacía como un manto asfixiante lastrado por el calor. Hawk se secó con el dorso de la mano el sudor que le corría por la cara y lamentó no haber traído una cantimplora de agua. También pensó que por una vez en la vida podría haber respetado las ordenanzas y haber esperado un equipo de refuerzo, pero no habían tenido tiempo. Debían cazar al vampiro cuando todavía estaba dormido. Además, la hija del concejal Trask seguía desaparecida, de ahí que la búsqueda del vampiro se hubiera convertido de repente en una prioridad absoluta. Mientras se limitó a merodear por las zonas más pobres de la ciudad y sólo atacó a los que nadie echaba de menos, no se le había prestado mucha atención, pero ahora que se había apoderado de la hija de un concejal sacándola de su propio dormitorio a la vista de su aterrorizada madre... Hawk se mordió el labio inferior con gesto de preocupación. Seguro que todavía estaría viva, ya que se supone que los vampiros tardan de dos a tres días en vaciar

completamente de sangre a sus víctimas y ella no podría convertirse en uno de los no muertos antes de haberse muerto y despertado a continuación, o al menos eso era lo que decían las leyendas. Hawk dio un respingo porque él no creía demasiado en las leyendas.

—Deberíamos haber hecho un alto para coger algunos ajos —dijo de repente—. Se supone que sirven para protegerse.

—¿Ajos? —preguntó Fisher—. ¿En esta época del año? ¿Sabes cuánto cuestan en el mercado? Tienen que traerlos desde el otro extremo del país y los comerciantes los cobran a precio de oro.

—Vale, vale, era sólo una idea. Supongo que tampoco hay espino.

—Tampoco.

—Habrás traído al menos una estaca. Más te vale haberla traído, porque yo no voy a entrar ahí sin una estaca.

—Cálmate, cariño. Aquí la tengo —y Fisher se sacó de la bota una gruesa estaca de madera. Medía más de treinta centímetros de largo y había sido debidamente aguzada por uno de sus extremos. Su aspecto era muy contundente—. Por lo que tengo entendido, es muy sencillo —dijo enérgicamente—: yo le clavo la estaca en el corazón al vampiro y tú le cortas la cabeza. Quemamos las dos partes por separado, esparcimos las cenizas y ya está.

—Claro, claro —dijo Hawk—. Así de simple —hizo una pausa mirando la puerta cerrada que tenía ante sí—. ¿Has visto alguna vez a Trask o a su hija?

—Vi a Trask en la reunión informativa de ayer —respondió Fisher, volviendo a guardar la estaca en la bota—. Parecía destrozado. ¿Lo conoces?

—Conocí a su hija hace unos meses, brevemente, mientras era guardaespaldas del consejero DeGeorge. La hija de Trask acababa de cumplir dieciséis años y parecía tan... alegre, tan feliz.

Fisher apoyó la mano en el brazo de Hawk.

—Vamos a rescatarla, Hawk, ya verás.

—Claro —respondió Hawk—. Seguro que sí.

Volvió a golpear la puerta con el puño. Todo según las ordenanzas... El sonido retumbó en el silencio reinante y su eco se extinguió. No hubo respuesta de la casa ni de ninguno de los vecinos. Hawk miró calle arriba y abajo. Siempre podía haber una trampa de algún tipo... No. Su instinto le avisaría a gritos. Después de cuatro años como guardia de la ciudad su instinto estaba bien entrenado, de otra manera era imposible durar cuatro años.

—Bueno —dijo al fin—, vamos a entrar, pero cúbrete las espaldas, nena. Vamos a revisar habitación por habitación, una cada vez, según el reglamento, y mantén los ojos bien abiertos. ¿Vale?

—Vale —dijo Fisher—. Pero no creo que haya peligro mientras el sol esté alto. El vampiro no puede abandonar su ataúd hasta que esté oscuro.

—Sí, pero puede que no esté solo. Al parecer casi todos los vampiros tienen un sirviente humano para que los guarde mientras duermen, una especie de señuelo, un protector que también ayuda a atraer víctimas hacia su amo.

—Has estado leyendo sobre el tema, ¿verdad? —se interesó Fisher.

—Por supuesto —dijo Hawk—, desde que oí los primeros rumores. No me iban a coger desprevenido como me pasó el año pasado con aquel caso del hombre lobo.

Probó a girar el picaporte. Respondió un poco forzado pero la puerta se abrió lentamente con un leve empujón. Los goznes chirriaron quejumbrosamente y Hawk dio un salto contra su voluntad. Abrió la puerta de un golpe y echó una mirada por el vestíbulo oscuro y vacío. Nada se movió en la penumbra y las sombras les devolvieron silenciosamente la mirada. Fisher entró sigilosa junto a Hawk, con la mano apoyada en la empuñadura de su espada.

—Es extraño que la puerta no estuviera cerrada —dijo Hawk—. A menos que nos estuvieran esperando.

—Entremos de una vez —dijo Fisher sin inmutarse—. Esto empieza a no gustarme.

Se introdujeron en el vestíbulo y cerraron la puerta tras de sí, pero dejándola un poco entornada. Nunca se sabe si habrá que salir disparado. Hawk y Fisher esperaron unos instantes, sin separarse, a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Hawk llevaba un cabo de vela en el bolsillo, pero no quería usarlo a menos que fuera necesario. Bastaba una ligera ráfaga de viento en el momento menos oportuno para que la luz se apagara y lo dejara a uno ciego e indefenso en medio de la oscuridad. Era preferible dejar que los ojos se acostumbrasen cuando todavía era tiempo. Oyó que Fisher se movía inquieta a su lado y sonrió levemente. Sabía cómo se sentía. Quedarse quieta y esperando no era lo que le pedía el cuerpo; siempre se sentían mejor cuando estaban haciendo algo, lo que fuera. Hawk escudriñó las tinieblas que los rodeaban. Podía haber alguien oculto entre las sombras observándolos, y tal vez no lo sabrían hasta que fuera demasiado tarde. Quizá algo avanzaba hacia ellos silenciosamente, con las manos extendidas y los colmillos preparados... Sintió que la tensión se apoderaba de sus hombros y se obligó a respirar honda y pausadamente. No importaba lo que hubiera allí, llevaba su hacha y tenía a Fisher a su lado. Era todo lo que le importaba. Sus ojos se fueron habituando a la oscuridad y comprobó que el vacío era total. Se tranquilizó un poco.

—¿Estás bien? —preguntó a Fisher en un susurro.

—Sí, bien —contestó ella en voz baja—. Adelante.

El vestíbulo terminaba en una gastada escalera de madera que llevaba a la planta superior. Había una puerta a cada lado del vestíbulo. Hawk sacó su hacha y la sostuvo con una mano. El peso del arma le resultaba tranquilizador. Miró rápidamente a Fisher y sonrió al ver que también empuñaba su espada. Esperó a que lo mirara y le indicó con un gesto que entrara por la puerta derecha mientras él lo

hacia por la izquierda. Ella asintió y silenciosamente se dirigió a la derecha.

Hawk escuchó atentamente ante su puerta, pero todo estaba silencioso. Giró el picaporte, dejó que la puerta se abriera unos centímetros y a continuación entró dándole una patada. De una zancada se plantó en la habitación y miró en derredor con el hacha preparada; no había ningún mueble y las paredes estaban totalmente desnudas. Se filtraba un poco de luz por los postigos cerrados, haciendo que la oscuridad no fuera tan densa. El entarimado estaba manchado de moho y por todas partes había una espesa capa de polvo. No había señal alguna de que la habitación hubiera estado habitada en algún momento. Las tablas del suelo crujieron escandalosamente bajo el peso de Hawk cuando éste avanzó. Había un intenso olor a polvo y a madera descompuesta, pero por debajo se percibía un leve aunque persistente olor a podrido, como si por allí se hubiese enterrado algo muerto hacía tiempo. Hawk husmeó el aire, pero no pudo determinar si el olor existía realmente o se lo estaba imaginando. Avanzó rápidamente por la habitación, golpeando las paredes y escuchando el eco, pero no encontró señal alguna de un panel o de un pasaje escondido. Se detuvo en el centro, echó una mirada a su alrededor para comprobar que no había pasado nada por alto y volvió al vestíbulo.

Allí lo esperaba Fisher. Hawk negó con la cabeza y ella frunció el ceño desalentada. Hawk sonrió ligeramente. Ya sabía que Fisher no había encontrado nada; de lo contrario, ya se habría oído el ruido de la pelea. Fisher no era conocida precisamente por su diplomacia. Hawk se dirigió hacia la escalera flanqueado por Fisher.

Los gastados escalones de madera crujieron bajo sus pies y Hawk hizo un gesto de contrariedad. Si había alguien en la casa cuidando al vampiro, seguramente ya sabría que había visitas. Era imposible apoyar el pie en algún sitio sin que alguna tabla crujiera delatando la posición. Subió de-